

Pero sin duda, lo mejor del presente trabajo, que M. Tardieu presentó como tesis doctoral en la Universidad de Paris-Sorbone en 1983, se halla en los documentadísimos comentarios que acompañan a la traducción y que dan ocasión al A. para detenerse en la explicación bien resumida de los principales «mitos» gnósticos: la creación del demiurgo, el pecado y sus consecuencias, la salvación mediante la gnosis, el viaje del alma después de la muerte corporal, etc.

Estas páginas son un claro exponente de la amplia erudición del profesor Tardieu. En efecto, sus conocimientos van más allá del gnosticismo estricto, para adentrarse en las religiones orientales, en la filosofía de la antigua Grecia, en el judaísmo, etc. Sin embargo, pensamos que esos amplísimos conocimientos traicionan más de una vez al A. Así, por ejemplo, se hacen afirmaciones absolutas, que se deducen de meras hipótesis, al hablar de las relaciones entre el Libro de la *Sabiduría de Jesús* y el *Eugnosto* (pp. 47-49), o las que conciernen al *Hecho de Pedro* respecto a las otras obras contenidas en el códice de Berlín. También habría que poner no pequeños reparos a los supuestos de M. Tardieu acerca de la transmisión y posterior inclusión del *Hecho de Pedro* en el códice de Berlín conservado en el Cairo (pp. 67-70). Tampoco aparece del todo clara la relación pretendida por el A. entre esa obra y el *Pastor de Hermas*.

La últimas páginas del trabajo del prof. Tardieu están dedicadas, a una *Concordance des paragraphes*, y a dos índices: uno de citas, tanto paganas como bíblicas y patristicas, y el otro a las materias estudiadas en los comentarios. Es de justicia destacar este último *Index analytique*, por su confección detallada y buena estructura. Una breve lista bibliográfica cierra este sugerente y elaborado estudio sobre algunos documentos gnósticos.

Marcelo MERINO

Henri CROUZEL y Manlio SIMONETTI, *Origène. Traité des principes*, Paris, Eds. du Cerf («Sources chrétiennes», 252, 253, 268, 269, 312), 1978 (vol. I y II), 1980 (vol. III y IV), 1984 (vol. V), 413 + 255 + 430 + 276 pp., 13 x 20.

Esta obra es el fruto de una colaboración; M. Simonetti, profesor de la Universidad de Roma, ha revisado el texto y fijado los aparatos críticos; H. Crouzel, profesor del Instituto Católico de Toulouse y de la Universidad Gregoriana de Roma, se ha encargado de la traducción francesa, introducción y comentario, sirviéndose para su tarea de las anotaciones que Simonetti publicó con su traducción italiana del *Peri Archon*.

Los volúmenes I y III contienen el texto latino o griego con la correspondiente traducción francesa, fluida y de agradable lectura. Los volúmenes II y IV contienen notas bibliográficas o explicativas que

aclaran el sentido de los pasajes o comentan las discrepancias entre las diversas fuentes del *Peri Archon*. El volumen V, además de algunas notas complementarias, abarca más de 276 páginas de índices, minuciosamente elaborados: índice doctrinal, escriturístico, de textos citados por Orígenes o Rufino, de nombres propios, de palabras griegas y de palabras latinas.

El tratado *Peri Archon* marca un hito en la historia del pensamiento cristiano. Es la primera síntesis teológica y el primer ensayo de cuestiones dogmáticas.

Crouzel y Simonetti han sabido exponer las intenciones que movieron a Orígenes a componer este tratado, y con estas aclaraciones *Peri Archon* se nos presenta como un libro digno de gran respeto y admiración. La primera finalidad de Orígenes fue de carácter apostólico. Compuso su libro «para los que buscan en nuestra fe una razón de creer y para los que lanzan contra nosotros combates heréticos» (*Peri Archon* IV, 4, 5). Orígenes piensa en los cristianos instruidos que poseen una cultura filosófica y desean profundizar en la Escritura, y por eso, se sirve de un método de demostración y de prueba en la que interviene el razonamiento. El Alejandrino también pretende ser un defensor de la regla de fe, conjunto de verdades transmitidas en la Iglesia desde los Apóstoles; sin embargo, los Apóstoles no lo han dicho todo: han dejado así a los más inquietos la posibilidad de ejercer su inteligencia en el ámbito teológico, siempre animada por los carismas de que habla Pablo en *I Cor* 12, 8-9. Nuestro autor, por último, tiene la intención de construir un cuerpo de doctrina en el que se contengan puntos fijados por la Escritura y la regla de fe, utilizando el razonamiento. Sin embargo, Crouzel y Simonetti matizan, desde su perspectiva de historiadores, que el *Peri Archon* no debe ser calificado como 'sistema', pues este término amenaza con desnaturalizar el pensamiento origeniano por proyectar una concepción filosófica y moderna; es más correcto denominarlo 'síntesis', pues la síntesis supone la unión de ensayos en sentidos diversos, cosa que responde mejor al espíritu de Orígenes y peor al concepto moderno de cuerpo doctrinal. Dicho con el lenguaje académico y editorial de hoy día, no pretendió Orígenes componer un manual, sino un ensayo.

Crouzel y Simonetti emiten un acertado juicio sobre la mayor o menor fidelidad al texto original que presentan los cuatro testimonios del *Peri Archon*: la *Philocalia* de Orígenes, la versión latina de Rufino, los fragmentos de Jerónimo y el florilegio de Justiniano. Los estudios comparativos, que sobre estos textos realizan los editores, manifiestan su buen dominio del método crítico-filológico y, además, clarifican el genuino contenido doctrinal del pensamiento origeniano.

Otro empeño de la presente edición consiste en revalorizar el contenido doctrinal de *Peri Archon*, habida cuenta de los ataques que esta obra recibió en las controversias origenistas de los siglos IV y VI. Los editores actúan con honradez y en ningún momento descalifican la validez de las condenas que el emperador Justiniano y el papa Vigilio realizaron en torno al año 453. A la vez, predomina en el ánimo de

los editores el realzar los aspectos positivos que encierra esa obra de juventud. Por eso, se esfuerzan en acentuar, por una parte, las diferencias socio-culturales y teológicas de la ciudad de Alejandría del siglo III y de Constantinopla del siglo VI y, por otra, los aciertos doctrinales del alejandrino. De entre estos últimos cabe destacar, a modo de ejemplo, el hecho de que, si bien —como buen platónico y miembro de la escuela de Alejandría— no adopta una actitud decididamente antisubordinacionista, existen ciertos indicios de la consubstancialidad del Padre y del Hijo: el rechazo de la *probale* —y, por tanto, se afirma que el Hijo no sale del Padre, sino que permanece en su seno—; las comparaciones utilizadas para expresar la generación: la unidad de luz, de voluntad, de bondad, de amor entre el Padre y el Hijo; la unidad de amor que debe rendirseles, etc. Todo apunta a que la unidad de naturaleza entre el Padre y el Hijo es afirmada por Orígenes.

Este esfuerzo de revalorizar los aciertos doctrinales de Orígenes nos parece laudable. Ciertamente la interpretación del *Peri Archon* en los siglos IV y VI se realiza sobre presupuestos doctrinales bien diferentes; Orígenes tenía frente a sí a los gnósticos —Valentín, Marción, Basilides—, los montanistas, los milenaristas, los antropomorfistas, etc.; en los siglos posteriores la crisis arriana y las controversias cristológicas modificaron el horizonte doctrinal y lo impulsaron en orden a un notable progreso del mismo y, por tanto, orientaron la lectura del *Peri Archon* desde unas perspectivas desconocidas por su autor, sobre la base, además, de un vocabulario teológico más preciso que el del siglo III. Frente a las formulaciones categóricas de los teólogos postnícenos y postcalcedoneses, contrasta el estilo a manera de ejercicio que utiliza nuestro apologista, estilo que es simpáticamente calificado por Atanasio como *gymnastikos* (cfr. *De decretis Nicaenae Synodi*, 27 y 25). El Alejandrino propone sólo al lector sus soluciones y lo deja libre de adoptar otras; y es que cuando falta el apoyo directo y claro de la revelación escriturística, el teólogo debe completar ese tipo de datos con su investigación, pero sabiendo que no debe exagerarse el grado de certeza de esos descubrimientos. Por eso, ante este modo de proceder, Crouzel y Simonetti aplican con acierto al Alejandrino estos conocidos versos de Horacio (*Epistula* I, 1, versos 90, 98, 100): Quo teneam uultus mutantem Protea nodo?/ Quod petit spernit, repetit quod nuper omisit./ Diruit, aedificat, mutat quadrata rotundis. «¿Con qué nudo puedo fijar la figura siempre cambiante de Proteo?... (Mi sentencia) desdeña lo que busca, vuelve otra vez a lo que antes dejó de lado ... destruye, edifica, hace redondo lo que era cuadrado».

Alberto VICIANO

Evangelista VILANOVA, *Història de la teologia cristiana*, vol. I: *Des dels orígens al segle XV*, Barcelona, Editorial Herder («Col·lectània Sant Pacià», XXXII), 1984, 788 pp. 15 x 22.

El P. Evangelista Vilanova, beneditino del Monasterio de Montse-